
Capítulo CXXV.

Donde verá el lector que si una mujer había causado la desgracia de Luciano, otra le proporcionaba los medios de recuperar la pérdida felicidad.

La entrevista que siguió á la escena que hemos referido en el anterior capítulo, fué breve.

Hernan Cortés, mirando de una manera amenazadora á Luciano, le dijo:

—Acabo de saber la conducta que observais de poco tiempo á esta parte, y no estoy dispuesto á conservar á mi lado á quien no es digno de ello. Quedais, pues, relevado del cargo de secretario y en libertad de dirigir os adonde gustéis.

El pobre jóven no se atrevió á replicar una sola palabra.

Comprendía que las apariencias le acusaban, y

que no podía probar su inocencia respecto al delito que se le imputaba.

Se inclinó respetuosamente y abandonó la estancia.

Con lágrimas en los ojos, sumido en la mayor desesperación, abandonó el palacio del caudillo y caminó largo rato á la ventura.

Mucho le entristecía la precaria situación á que se hallaba reducido; pero sentía aún mucho más la injusticia con que le habían tratado.

A una legua de distancia se hallaría de la ciudad, cuando se reclinó á la sombra de una hermosa palmera para coordinar sus ideas y ver el partido que debía adoptar.

—¡Ah!—se decía.—¿Es posible que por haber sido demasiado crédulo para asistir á una cita en la que me ofrecía revelarme una conspiración contra mi ilustre jefe; es posible que mi deseo de velar por su seguridad obtenga por premio el desprecio, la enemistad del que amo y venero como si fuera mi padre?

Anonadado por el exceso del dolor que sufría su alma en aquellos momentos, permaneció algunos instantes pensativo.

De pronto añadió:

—Pero no, no debo culpar á nadie.

Lo que sucede es justo, natural, legítimo.

La circunstancia de haberme dejado mis ahorros en el palacio del caudillo, me hace adivinar la intervención de la Providencia.

Voy á expiar la ingratitud con que pagué los beneficios que me dispensaron aquellas buenas gentes que me recogieron, y que tan solícitas se mostraron durante los días de mi infancia.

Sí, ahora recuerdo que fui tan miserable que acepté del honrado sepulturero unas cuantas monedas el día antes de mi partida.

No consideré que tal vez serian las únicas que tendría aquel infeliz.

Sí, yo debía purgar mi conducta inicua con la buena María, que me amamantó cual cariñosa madre, que me enseñó á pronunciar las primeras palabras, que inculcó en mi alma las saludables doctrinas del Redentor del mundo.

¡Oh, mis queridos bienhechores! Me arrepiento con todo mi corazón por no haberme despedido de vosotros, y humildemente os pido perdón de mi incalificable conducta.

Pero, ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer? ¡Solo en el mundo, sin recursos! Si al ménos no me hallase en estas lejanas regiones, podría volver al lado de mis caritativos bienhechores, y cayendo á sus piés de rodillas, implorar su perdón.

No bien habia pronunciado estas últimas palabras, cuando una india, presentándose ante él:

—No desesperéis tan pronto,—le dijo.

—¿Quién sois?—preguntó Luciano, sorprendido por aquel encuentro inesperado.

—Una mujer que viene á salvaros.

—¿Y quién os ha dicho que yo necesite vuestro

auxilio, ni mucho ménos que esté dispuesto á aceptarle?

—Mal pagais el interés que se ha despertado en mi alma hácia vos. Desde que os separásteis de Hernan Cortés he venido siguiéndoos á respetuosa distancia, porque no queria que me vieran en vuestra compañía, porque entonces tal vez serian estériles mis buenos deseos para salvaros de la posición en que os hallais.

—Pero ¿quién sois?

—Ya os lo he dicho: quien sólo anhela vuestro bien.

—Eso no me satisface. Retiraos si os obstináis en ocultar vuestro nombre y el verdadero interés que os mueve al hacerme esos ofrecimientos.

—Es un secreto, que os ruego respetéis.

Luciano hizo ademán de levantarse para continuar su marcha, y entonces la india le dijo:

—Puesto que os empeñais, os revelaré mi nombre me llamo Guacalcinla.

—¿Vos Guacalcinla?—preguntó el jóven con acento de incredulidad.

—Sí; la esposa del desgraciado Guatimocin, que murió, como otros muchos, víctima de la crueldad de vuestro infame caudillo, del ambicioso extranjero, de Hernan Cortés.

No me extraña vuestra incredulidad.

Habreis oido decir que era hermosa, y no podreis figuraros que la mujer que se halla en vuestra presencia sea la que en otro tiempo causaba la admira-

cion de los hombres y la envidia de las mujeres.

He sufrido tanto, que mis facciones se han desfigurado por completo.

He tenido hambre y sed, y algunos días los he pasado refugiada en las aberturas de las montañas para librarme de la voracidad de las fieras.

Mis padecimientos se aumentaban al ver desfallecer á mi querido hijo.

Temia perderle, y su pérdida, no sólo me privaba del único consuelo que tengo en el mundo, sino del brazo que, andando el tiempo, habia de vengar á su infortunado padre.

Mi hijo y yo hemos sido los que, concitando los ánimos de nuestros compatriotas, produjimos la última rebelion.

En ella perdimos á nuestro más esforzado caudillo, al valiente Xicotencal; pero aun no hemos desesperado del triunfo.

Esto fué un rayo de luz para Luciano.

Indudablemente se tramaba una nueva conspiracion, que si él lograba descubrir, podria recuperar la amistad, la proteccion con que en tiempo no lejano le habia distinguido Hernan Cortés.

Para conseguir su objeto, fingió ponerse de parte de Guacalcinla.

—No me entraña lo que os sucede,—dijo,—por más que lo sienta sinceramente.

En el tiempo que he permanecido al lado de Cortés he podido convencerme de que le dominan todas las malas pasiones.

Es vengativo por naturaleza, y desagradecido como ninguno.

Así pues, si para algo puede serviros mi brazo, disponed de él.

Además, es prometo desde hoy mismo recorrer las poblaciones en que haya españoles descontentos de la conducta del caudillo; procuraré fomentar su ódio, y si como creo, vos contais con algunos elementos, pronto haremos pagar con la vida á ese aventurero infame las tropelías que ha cometido en estos dominios.

—¡Ah! ¡Sí,—exclamo Guacalcinla en medio de frenética alegría:—mi hijo en estos momentos está reclutando un ejército formidable.

Muchas de las provincias que parecen más adictas al extranjero, se han ofrecido á formar parte de sus huestes, y cuando más descuidado está caerán sobre él y le destruirán.

El caudillo es tan crédulo, que se le figura que á un pueblo puede avasallársela como á un mísero colibrí.

Pronto se convencerá de lo equivocado que vive y de que esta calma que ahora se disfruta, y que él atribuye á su omnipotencia, es sólo la que anuncia la tempestad que en breve ha de desencadenarse.

Pero vos tendreis hambre; yo tambien siento necesidad de recuperar mis fuerzas, y por lo tanto, lo mejor que podeis hacer es seguirme.

No lejos de aquí encontraremos quien nos proponne viveres.

Luciano temió ser victimas de algun lazo; pero como empezaba á sentir los rigores del hambre, consideró que tanto daba perecer de esta muerte como de cualquier accidente violento.

Así pues, siguió á Guacalcinla, y á cosa de un cuarto de legua se hallaron frente á una choza, en la que penetró su vengativa acompañante.

Conferencia largo rato en voz baja con los pastores que la habitaban, y momentos despues salió con abundantes provisiones, que repartió con Luciano.

Este gozaba lo que no es decible al ver que iba á conocer los hilos de aquella horrible trama, y se felicitaba del encuentro de la india, porque le proporcionaba la ocasion de manifestar al caudillo que él pagaba con bien el daño que le habia causado despidiéndole de su servicio.

Capitulo CXXVI.

Donde el lector empieza á convencerse de que los peligros que corrió Hernan Cortés fueron casi tantos como los dias de su vida.

—¡Os pesa haberme seguido?—preguntó Guacalcinla á Luciano, despues de haber terminado aquel improvisado festin.

—De ningun modo. Gracias á vuestra bondad, he aplacado el hambre que me devoraba. Pero el cuerpo es tirano, y apenas se sastiface una de sus necesidades cuando ya exige que se atienda á otras.

—¿Qué quereis decir?

—Que estoy muy fatigado, y que desearia descansar.

—Si no es nada más que eso, pronto quedareis complacido.

Y haciendo una seña á los pastores que se alber-

gaban en la choza inmediata al sitio donde pasaba la escena que estamos refiriendo, la desalojaron, y en ella se instaló ex-secretario de Hernan Cortés.

—Dormió tranquilo y nada temáis. Velará vuestro sueño una mujer, que al oír vuestras sinceras palabras, conservará la vida de auxiliar tan poderoso para sus planes.

Luciano se acostó, en efecto, no sin experimentar algun recelo.

Procuró vencer el sueño que trataba de dominarle, y cuando ya empezaban á debilitarse sus fuerzas, oyó dos palmaditas en la parte fuera de la casa.

Guacacínla salió cautelosamente á reunirse con la persona que sin duda la llamaba por medio de aquella señal.

Un momento despues comenzaba un animado diálogo.

El jóven ex-secretario del caudillo prestó la mayor atencion.

No podia figurarse la recien llegada, que no era otra que Ihali, que las pocas palabras que habia enseñado á Luciano de su idioma, habia de aprovecharlas este en su perjuicio.

Pero ¿cómo, dirá el lector, Ihali, que poco tiempo antes la hemos visto salvar al caudillo del alevoso puñal de Amaiza, cómo podia celebrar misteriosas entrevistas con Guacacínla, la esposa del desgraciado Guatimozin, lo que revelaba complicidad con esta?

La razon era muy sencilla.

Ihali adoraba á su hijo, y supo un dia que Cortés trataba de arrebatársela para enviarlo á España á recibir una educacion que correspondiese á su linaje.

Esto por un lado, y los celos que la llegada de doña Juana habia despertado en su pecho, trasformaron á aquella angelical criatura en una vivora y se coaligó con los enemigos de Cortés para ayudar á destruir al padre de su hijo.

—Vengo á traerte una noticia excelente.

—¿Ha adelantado algo desde que no nos hemos visto la conspiracion?

—No tanto como yo deseara.

—Bien; pero algo se ha conseguido.

—Sí.

—¿Acaso alguna otra provincia se alia á nuestra causa?

—Mejor que eso.

—¿Es decir, que más de una provincia?...

—Más de dos y más de cuatro engrosarán ya las filas de los que en un momento oportuno caerán sobre los extranjeros como una avalancha.

—Me asombran tus noticias.

—Pues no tienen nada de exageradas.

—Vamos no te chaneees.

—Ya puedes comprender que no hubiera venido para engañarte. Desgraciadamente la cuestion que tratamos es bien triste para tratarla en broma.

—Pero acaba.

—Habrás oido hablar de Izampú.

—No solamente he oído hablar de él, sino que le conozco.

—¿Es posible?

—Y tanto; ha frecuentado mi casa en vida de mi esposo. Era uno de sus mejores amigos.

—Tanto mejor; ayer hablé con él y se ofreció á prestarnos su concurso.

—Si lo cumple, el triunfo será nuestro.

—Su valor ha sido en tiempo la admiración de cuantos le han conocido.

—Goza de tal prestigio, que como él recorriese las provincias y arengase á los caciques, estoy segura, completamente segura, segurísima, de que aun los más adictos al caudillo se pasarían á nuestras filas.

—Es verdad.

—Varias veces pregunté á mi esposo á qué debía Izampú ese prestigio de que disfruta, y sin que yo pueda adivinar la causa jamás satisfizo mi curiosidad.

Ihalí se sonrió maliciosamente.

Sabia que Guatimozin habia sido muy ambicioso, y como Izampú era modelo de desinterés, de verdadero patriotismo, exclamó con la mayor ingenuidad:

—Tan sencilla es la causa, que reconoce por base la veneración de que es objeto nuestro esforzado aliado, que no sé por qué no te la revelaría tu esposo. Se funda únicamente en el gran desinterés que siempre ha demostrado.

Cuacalcinla recordó, en efecto, que en más de una ocasión habia oído exclamar á su esposo:

»—Izampú, con esa tendencia á singularizarse, no acepta jamás la menor recompensa por los infinitos servicios que presta á la patria. Poco me importaría que fuese majadero, si yo no invocase en estos momentos los sacrificios que he llevado á cabo durante mi vida por el bien del país, como méritos para que me elijan emperador.

El personaje de quien estaban hablando se presentó ante su vista.

Su llegada dió nueva animación á la escena que sostenía aquellas dos mujeres.

—Gracias os doy mi bueno, mi leal amigo, mi esforzado paladin de mi honor, por la oferta que habeis hecho á Ihalí de ponerlos al frente de la conjuración que tramamos.

—¡Oh! Sí; y á decir verdad, habia pensado no mezclarme más en esta clase de asuntos.

—¿Por qué razón?

—Porque conozco la ingratitud de los hombres. Desgraciadamente tengo hartas pruebas de ello.

—No direis lo mismo de la de las mujeres,—contestó Guacalcinla, acentuando estas palabras.

Sin duda queria recordar con ellas dias más venturosos para ambos; pero fuera que actualmente se hallaba euvejecida y desfigurada totalmente, fuera que Izampú no queria empeñarse en más lides que las de la guerra, la verdad fué que pareció no apercibirse de aquella indicación.

Ihalí, como mujer, y por lo tanto maliciosa, adivinó todo lo que encerraba aquella réplica, al parecer tan sencilla.

Guacalcinla procuró que su semblante no revelase lo que sentía su corazón, y prosiguió:

Felicitémonos de todos modos por que sois de los nuestros, y pensemos en el mejor medio de realizar nuestros propósitos.

—A mi juicio,—dije Ihalí,—las mujeres más hermosas de todas las provincias debían ir poco á poco llegando á Méjico.

Los extranjeros, como desgraciadamente hemos tenido ocasion de conocer, son muy enamoradizos, y fingiéndoles gran cariño, se le podía asesinar fácilmente.

—Ese plan es precioso en teoría; pero inaplicable en la práctica, según ya os he manifestado otra vez.

—Si he insistido,—continuó la aludida,—ha sido para que conociera mi opinión Guacalcinla.

—Pasemos á otro,—dijo esta.

—Yo sentiría,—exclamó Izampú con aquella rudeza que constituía uno de los rasgos más salientes de su carácter,—que se creyera que yo quería imponer mi proyecto por mero capricho, por un exceso de soberbia.

—Podeis comprender que eso no puede suceder nunca. Nos congratularemos por vuestro auxilio; y por otra parte, nosotras, pobres mujeres, podremos tener buenos deseos, pero carecemos de los conoci-

mientos del arte de la guerra, en que vos rayais tan alto.

—Si, sí; decidnos sin rodeos vuestro plan, explicarle.

—Es muy sencillo; en cuanto que tengamos la seguridad de que ciertos caciques, á quienes pienso visitar, se unen á nosotros, entraremos en Méjico con teas encendidas, prenderemos fuego á las casas, y al resplandor que produzca la hoguera bailaremos la preciosa danza que hace tiempo aquí no se ejecuta, la de la diosa del Triunfo, y los alaridos de nuestras víctimas, las imprecaciones de los moribundos, formarán delicioso contraste con el arrullador acento de nuestros arcitos.

—La idea es, como vuestra, grandiosa,—exclamó Ihalí.

—Mi vida daría con tal de asistir pronto á ella,—añadió Guacalcinla.

—Entonces veremos si es inmortal el caudillo de los extranjeros, como algunos dicen,—prosiguió con acento sarcástico Izampú.

Luciano no pudo reprimir su indignacion al escuchar estas palabras.

Sin pensar en el riesgo que corría su vida, sin reflexionar que aquella imprudencia podía privarle de la ocasion tan propicia que se le presentaba para justificarse á los ojos de Hernan Cortés, saliendo de la choza, y presentándose en el sitio en que se celebraba aquel conciliábulo:

—Esas son cuentas galanas,—exclamó.

—¿Quién eres tú, miserable rapacillo?—preguntó con desprecio el iracundo Izampú.

—Soy quien no se intima ante vuestra feroz mirada,—añadió, dirigiéndose hácia él, en ademán de arrojarse á su cuello.

El salvaje indio se lanzó sobre él, y le derribó en tierra.

Se disponia á hincar su rodilla sobre su pecho, y seguramente le hubiera ahogado, á no intervenir Guacalcinla.

—Deteneos,—le dijo,—ese jóven es de nuestro partido.

—¡Imposible! Yo quiero castigar su atrevimiento; no consiento que nadie juzgue mis actos impunemente.

—Yo os lo ruego,—dijo tambien Ihalí, intercediendo por Luciano.

—¿Pero quién éste jóven?

Guacalcinla le refirió su historia, y al escuchar Izampú que doña Juana habia intervenido eficazmente con Hernan Cortés para que leséparase de sulado:

—Esa mujer,—exclamó,—ama indudablemente al mancebo; por cierto que es más hermoso que el astro luminoso, y que en su mirada hay algo de la dulce tranquilidad del astro de la noche, cuando refleja en las cristalinas aguas del lago. Aprovechémonos de ésta circunstancia para hacer sentir al caudillo extranjero los suplicios que han sufrido nuestros hermanos al ver deshonradas á las prendas queridas de su corazon.

—¿Qué intentais?

—¿No lo habeis adivinado?—añadió con feroz alegría.

—Empiezo á sospecharlo.

—Y yo tambien; proyectais, sin'duda, que Luciano, que así se llama este jóven, seduzca á la mujer del jefe de los extranjeros.

—Esa, esa es la venganza primera que debemos tomar de él.

Luciano comprendió la verdadera situacion en que se hallaba.

Tratar de recurrir á la fuerza, era perder la partida.

Recurriendo á la astucia, podia salir victorioso.

La eleccion no era dudosa.

Adoptó lo que aconsejaba la prudencia.

—¡Oh!—exclamó, fingiendo una gran alegría;— las palabras que acabo de oír me animan para llevar á cabo esa empresa que ha sido el sueño de toda mi vida. Si antes he vacilado un instante, es porque, dispensad esta debilidad, respetaba al caudillo; porque creia era digno de ello, y no queria profanar su hogar. Hoy, que nada tengo que ver con él, que estoy convencido de que no abriga sentimiento bueno, que es un ingrato, daré rienda á mi pasion, y me aprovecharé de la simpatía que he inspirado á doña Juana. Ahora, si me lo permitis, voy á correr á poner en práctica este deseo.

—Poco á poco, mancebo,—dijo Izampú.—No nos

hagais tan cándidos que supongais vais á marcharos solito.

—¿A caso desconfiais de mí?

—Desconfiar precisamente, no.

—Entonces, ¿á qué ese temor?

—No es temor escuchar la voz de la conciencia.

Lejos de nosotros podríamos pensar de otro modo, y para captaros de nuevo las simpatías de Hernan Cortés, y con ellas su proteccion, podriais repetir, contarle cuanto habeis oido aquí y malograr nuestros planes.

—Para desvanecer esas sospechas, que me ofenden altamente, lo mejor que puedo hacer es renunciar á ir á ver á la esposa de mi antiguo jefe.

—Ireis, pero yo os acompañaré.

—No tengo inconveniente en ello.

—Es imposible; pudieran reconoceros, y en ese caso peligraria tambien mi vida.

—Decid que soy un esclavo vuestro que os acompaño como criado.

—En ese caso, pongámonos en marcha cuando gustéis.

—Aguardad un instante; vuelvo en seguida.

Izampú se retiró.

Corrió á unirse con los jefes de la conspiracion, y les dijo:

—Es preciso prepararse para el gran dia. Yo voy á Méjico; todos deben acercarse cautelosamente, porque es posible que en breve recibais la orden de incendiar la poblacion. Si no hay algun contratiempo

pronto se habrán convertido en ruinas esas gigantescas construcciones que han llevado á cabo los españoles, y de las que tan orgullosos se muestran.

Terminada esta mision, fué de nuevo en busca de Luciano, y momentos despues se ponian en camino.

A medida que se acercaban al término de su viaje Luciano vacilaba respecto á la determinacion que debia adoptar.

No se atrevia á presentarse á Hernan Cortés.

Sabia que le creia culpable, y no queria arrostrar sus iras.

Pero al mismo tiempo no queria confiar á nadie el encargo de revelarle lo que pasaba.

Quería ser él mismo, para demostrarle de aquel modo su afecto y que no le guardaba rencor alguno por haberle separado de su lado.

Un acontecimiento inesperado le proporcionó un mediador entre él y el caudillo, que no pudo ménos de aceptar.

Luciano é Izampú acababan de llegar á Méjico, cuando les sorprendieron unos gritos que indicaban la mayor desesperacion por parte del que los proferia.

—¡Favor!—exclamaba.—¡No hay quien me favorezca! ¡Favor! ¡Que me roban, que tratan de asesinarme!

Se dirigieron hácia el sitio de donde partian las voces, y al aproximarse huyeron los malhechores.

Estos eran cuatro indios feroces.

Tres le tenian sujeto de piés y manos.

El otro amenazaba á su pecho con una aguda flecha.

Fué un milagro que no le matasen.

El aturdimiento que produjo la aproximacion de los caminantes les aconsejó apelar á la fuga.

La alegría de Luciano fué inmensa al ver que habia salvado al caballero don Luis Longo y Tenreiro, el contador de Hernan Cortés.

Agradecido el esposo de la bella portuguesa por el servicio que le habia prestado Luciano:

—Vais ac ompañarme á mi casa,—le dijo,—y yo os prometo ir inmediatamente á participar á Cortés lo que habeis hecho en mi obsequio, y á rogarle que os admita de nuevo á su lado. Despedid al indio que os acompaña, porque no quiero que venga con nosotros su aspecto me horroriza.

—Es verdaderamente feroz si se irrita, y esto sucederia indudablemente si comprendiese que le despreciábamos.

Ante esta reflexion accedió don Luis, y seguido del jóven y de Izampú se encaminó á su casa.

Capitulo CXXVII.

Donde el lector asiste al benévolo recibimiento que hizo Cortés al presentarse á él de nuevo Luciano.

Indecible fué la alegría que experimentó doña Constanza al presentarse Luciano en su casa.

Por la misma razon de que habian sido infructuosas todas sus tentativas para seducirle, se habia aumentando la pasion que se habia despertado en ella.

Impresionable siempre, no dejó de fijar tambien su atencion en el indio Izampú.

Su ardiente mirada, sus labios gruesos y prominentes, su hercúlea musculatura, formaban un conjunto de esos que hablan á la sensualidad, á la que, como sabemos, tan predipuesta era la hermosa mujer del contralor.

Este la contó que Luciano habia sido el salvador